

EL PERIÓDICO DE CATALUNYA

Pulso en el Goya

'Prendre partit' plantea un jugoso debate entre arte y poder en la época nazi

JOSÉ CARLOS SORRIBES / BARCELONA

MIÉRCOLES, 24 DE DICIEMBRE DEL 2014

Casi dos décadas han pasado, mucho tiempo, desde que Ferran Madico estrenara *Prendre partit*, una producción de Bitó sobre un texto del británico Ronald Harwood, poco después de su estreno en Londres. Resulta por lo tanto más que justificada la recuperación que ha hecho Josep Maria Pou en el Goya de una pieza que encaja con su manera de ver el teatro. Lo hace con una puesta en escena académica y nítida de una pieza con un jugoso debate entre cultura y política, arte y poder.

Prendre partit parte de un personaje real como el director de orquesta alemán Wilhem Furtwängler, que labró su fama antes y durante el ascenso al poder de Hitler, nunca abandonó su país e incluso dirigió la Filarmónica de Berlín. Fue acusado de colaboracionista, aunque defendió siempre su independencia. Absuelto en los juicios posteriores a la segunda guerra mundial, nunca acabó de borrar ese estigma.

La obra de Harwood transcurre durante el proceso de desnazificación, con un litigio en el que Furtwängler (Pou) se somete al interrogatorio del mayor Steve Arnold (Andrés Herrera). Este último está en las antípodas del artista; un recurso infalible (y algo facilón) de Harwood para plantear su dialéctica. Es un militar de perfil chusquero, listillo y agente de seguros en la vida civil. Un grupo de secundarios sazona el

desarrollo de la trama, camino del pulso entre los antagonistas, en un espacio fiel a un entorno de derrota y oscuro como la Alemania de 1946.

La dirección de Pou pone el foco sobre todo en el duelo final. El propio Herrera tarda en arrancar en su composición del militar americano y la obra se desarrolla de forma algo morosa. La irrupción de Tamara Sachs (Sandra Monclús), viuda de un músico judío al que protegió Furtwängler, rompe el ritmo pero resulta demasiado estrepitosa, por muy desesperada que esté la mujer.

Pou tarda en aparecer y cuando lo hace domina la escena. El músico argumenta con entereza, pero siempre bajo el peso del abatimiento por los crímenes nazis que le llevan a cuestionarse su actitud. El actor y director transmite esa ambivalencia en el cara a cara con un Herrera que se crece en una recta final ya a velocidad de crucero. Harwood, mientras, mantiene el equilibrio aunque la última frase de Arnold sí induce a pensar que acaba tomando partido.
